

Escrito por: narrador

Resumen:

Mi nombre es Rosa, estoy casada con Ernesto desde hace varios años, los mismos que en infinidad de ocasiones le he sido infiel. No por gusto precisamente, sino más bien por necesidad. Por lo que en ocasiones he llegado a pensar en visitar un psiquiatra, ya que la necesidad que se me presenta ocasionalmente, no es de dinero, sino de atención. Cosa que Ernesto, desde que nos casamos, en muy pocas ocasiones ha logrado calmar.

Relato:

En otras palabras, en ciertas ocasiones, he llegado a pensar que yo era niña, razón por la que durante cierto tiempo pensé seriamente visitar a un psiquiatra. Pero cuando me puse a pensar en lo que le debía decir, la verdad es que como que no me atrevía. No es que yo fuera, una de esas que andan por ahí; abriendo las piernas al primero que pase, no que va. Por lo general soy extremadamente discreta, pero cuando me fijo en un hombre, digamos que no descanso hasta estar acostada con él. Pero eso hasta ahora, nunca ha sido un problema para mí. Lo que realmente me mortificaba es que en ocasiones, estando en compañía de mi esposo en ciertas actividades de tipo social, me babeaba por más de uno de los hombres que asistían a la misma, sin importarme mucho que estuviera presente su esposa. Para colmo de males, estando en la cama con mi propio esposo Ernesto, en medio de tórpidos encuentros entre nosotros. En más de una ocasión, se me ha escapado el nombre de alguno de mis amantes al referirme a Ernesto. Y así; situaciones como esas, eran las que me mortificaban tremendamente. Un día Ernesto y yo en lugar de quedarnos en nuestra habitación, a él se le ocurrió que tuviera un momento de sexo, en el medio de nuestra sala. Después de que mi marido me dio una tremenda, y sabrosa mamada de coño, yo estaba deseosa de ser penetrada por él, por lo que poniéndome en cuatro patas, le ofrecí mi mojado y peludo coño. Ernesto colocándose tras de mí, me tomó; por las caderas, y dirigiendo su sabrosa verga a mi coño. Yo sentí como se fue deslizándose divinamente, como dicen en mi tierra, se me deslizó dentro de mí, como banana en boca de vieja. Ya estábamos los dos de lo más concentrados, en lo que hacíamos, cuando a mí se me zafó llamarlo por otro nombre. Para ser exacta le dije Juancito. Ernesto de inmediato se detuvo manteniendo su verga, hasta el fondo dentro de mi coño. Pregunté de inmediato como era que yo lo había llamado. Lo único que se me ocurrió decirle, fue. Mítemelo todito, y se lo repetí varias veces. Yo sé que Juancito no se parece ni

remotamente a lo que yo le respondí, pero cuando me lo volví a preguntar, ¿cómo era que yo le había llamado? le volví a decir en un tono de voz seductora, al tiempo que no dejaba de mover mis caderas. Me temelo todito. Debido a la manera tan convincente en que se lo dije, seguramente mi esposo pensó que era él quien había escuchado mal. En otra ocasión estamos pasando un fin de semana en un lujoso hotel, donde casualmente yo ya había estado acompañada por otro de mis eventuales amantes, llamado Carlos, y justo cuando Ernesto y yo nuevamente nos encontramos en lo más ajetreado de nuestra relación, él me dijo algo, y de inmediato yo le respondí, diciéndole. Carlos, estas que me matas. Y antes de yo terminar de decir, me matas. Ya Ernesto me preguntaba quien carajo era el tal Carlos. Yo sin dejar de mover mi culo le dije, a que Carlos te refieres, yo te acabo de decir que Claro, estas que me matas. Aunque mi marido continuó, clavándome salvajemente su verga por mi culo, noté cierto aire de desconfianza. Lo peor de todo es que cuando, me encuentro con alguno de mis amantes, no les cambio los nombres, y mucho menos los llamo Ernesto. Pero basta que mi esposo y yo comencemos a tener sexo, para que yo no pueda sacarme de la mente el nombre de alguno de mis actuales novios, como yo les digo. Con el tremendo miedo, de que ante la menor provocación, se me escape nuevamente el nombre de alguno de ellos, cuando estoy acostada con mi esposo. Por lo que asistí a una Psicóloga, y desde el inicio le conté todo, pero le dejé bien claro que mi interés era el no volver a llamar a mi esposo por el nombre de otro de mis hombres. Tras estar en terapia como por un par de meses, mi psicóloga lo que me dijo fue. Rosa usted subconscientemente, quiere contarle todo a su esposo. Fue cuando me di cuenta, de que aparte del incidente de los nombres, en ocasiones cuando salgo con mi marido, me pongo a coquetearle, casi de forma descarada a otros hombres. Además de que en muchas ocasiones fantaseo despierta, con ser descubierta por mi esposo, justamente cuando estoy, ya sea teniendo sexo del tipo que sea con otro hombre. Mi cabeza en ocasiones me parece a que quiere estallar, hasta que una noche en una fiesta familiar, a la que asistimos Ernesto y yo. Vi a un lejano primo mío, con el cual mucho antes de casarme con Ernesto, me acostaba con él. Nada más lo vi, y de inmediato prácticamente fui yo quien lo sacé a bailar. Lo dejé tocarme por todas partes, mientras bailábamos, y cuando me propuso que de manera discreta nos desapareciéramos de la fiesta, y que para hablar de cuando éramos jóvenes. De inmediato supe que lo que deseaba mi primo era acostarse conmigo, seguramente en el viejo garaje, en el que por muchas ocasiones, tuvimos sexo. Yo con la excusa de ir al baño, comencé a dirigirme al viejo garaje, cuando de momento Ernesto, agarrándome por el brazo me detuvo, y me dijo. Rosa por favor contrólale, trata de ser más discreta, mira que la gente se va a dar cuenta, de

que quieres acostarte con tu primo. Yo al escuchar sus palabras quedé; prcticamente paralizada. Eso quería decir, que Ernesto se había dado cuenta, de nuestras intenciones. Y cuando haciéndose el disimulado me dijo, bueno aprovecha ahora que nadie te ve, que seguramente tu primo te espera en el viejo garaje. No me quedo la menor duda de que mi esposo estaba al tanto de todas mis pequeñas travesuras. Por lo que continué; caminando de manera discreta, en direcciín al viejo garaje, donde en efecto mi primo me estaba esperando. Apenas cerré; la puerta tras de mí, nos comenzamos a besar como locos. Y casi de inmediato, a medida que mi primo me besaba, y acariciaba toda, me fue despojando híbilmente de la mayor parte de mi ropa. Mientras que yo sumamente confundida, por lo que me dijo mi esposo, y por su manera de actuar, me sentí mucho mís excitada y caliente que de costumbre. Fue cuando pensé; que quiz´s se debía, precisamente a eso de que mi esposo estaba al tanto de lo que yo estaba haciendo. No fue hasta que sentí la dura verga de mi primo, penetrando mi peludo coño, que realmente me di cuenta de lo que estaba haciendo, lo que a su vez me excit´ muchísimo mís. Esa noche en el viejo estacionamiento, mi primo, hizo conmigo lo que le dio su real gana. Y despu´s de casi una hora revolc´ndonos en el asiento trasero de su auto, mamando su verga, y hasta permitiendo que me diera por el culo. Al terminar, como pude me vestí, o por lo menos comenc´ hacerlo. Cuando de momento me doy cuenta de que mi primo se había retirado, y regresado seguramente a la fiesta, y en su lugar parado ante mí estaba Ernesto, observ´ndome felizmente. No hizo falta de que ´! me dijera nada, apenas lo vi comenc´ a contarle todo lo sucedido entre mi primo, y yo momentos antes. Ernesto en esos momentos no me lleg´ a tocar, pero despu´s de regresar a casa, y darme una buena ducha, encontr´ a mi esposo, tom´ndose un trago y esperando que yo entrase a nuestra habitaci´n, para contarle con lujo de detalles todo lo sucedido, al tiempo que me daba sabrosamente por mi peludo coño. Ya despu´s de eso, la ansiedad que sentía de que se me escapase el nombre de alguno de mis amantes, desapareci´, y hasta dej´ de fantasear con ser descubierta por mi marido si´ndole infiel.